

Introducción.

Un don del cielo

Cuentan las crónicas de Indias que los conquistadores españoles, intrigados por la procedencia del material del que estaban hechas algunas piezas que poseían los nativos, les preguntaron sobre su origen. Los pobladores de estas tierras señalaron hacia el cielo para indicar su origen, pues desde el espacio llegó a la tierra el primer contacto que los aztecas tuvieron con el hierro como metal, proveniente de los meteoritos que viajaban desde lo más alto. En aquel momento el hierro era tan escaso que llegó a considerarse tan precioso como el oro.

La figura de Adolfo Jarreta Cuartero aportó a la forja aragonesa la huella inconfundible del hombre que con su dedicación supo contribuir a la tradición del hierro con un estilo personal y al oficio con la perfección técnica en el manejo del fuego y la transformación artística del metal.

El herrero y el artista se fueron consolidando de forma autodidacta. Con tenacidad, teniendo en su fragua a una fiel confidente, evolucionó hasta encontrar la expresividad de las formas que buscaba. En aquel “santuario”, su herrería, el espacio se transformaba en un laboratorio de ideas donde Jarreta aplicaba un método similar al que, en tantas ocasiones, han desarrollado artistas que son parte de la historia y que también tuvieron sus inicios en una formación artesanal.

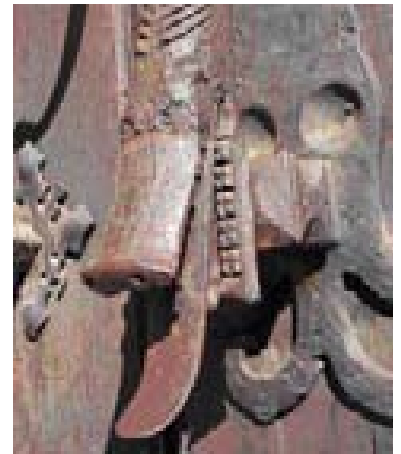
Su trabajo como herrero siguió dos líneas. Por una parte, la tradicional labor diaria y necesaria; por otra, aquella que ha enriquecido la tradición con su aportación y dedicación personal desarrollando de forma creciente la actividad artística. Este es el dilema en el que se hallan los hombres singulares; las palabras de Fernando Gamundi lo expresan de un modo único:

Con alguna frecuencia, me he visto obligado a prostituir mi trabajo, forzado por el estómago, ese gran asesino de la ilusión; pero siempre he intentado liberar figuras del hierro vivo tomando modelos de la vida circundante”.¹

Adolfo Jarreta se fue forjando a sí mismo como hombre “creador” de formas y mensajes. Su inquietud le hacía buscar respuestas en los espacios de tiempo *más suyos* para elaborar nuevas piezas que unas veces pondría a la venta y otras servirían para iniciar una colección particular que hoy supera el centenar de piezas.

¹ VVAA., *Fernando Gamundi. Escultura en Hierro*, ed. Grupo Cultural Caspolino, 74, 1993. p.11

Muchos de los llamadores de las puertas de Albarracín tienen como referencia el modelo de la puerta del Palacio Episcopal de la ciudad histórica. En este detalle, el lagarto y los clavos pertenecen a un encargo realizado por Carlos Bardavío para la puerta principal de la Casa de los Pérez Tóyuela, donde residía. En este encargo trabajaron Adolfo y José Luis Jarreta (clavos).



Detalle del lagarto_llamador realizado por A. Jarreta. Las marcas que recorren la piel del animal fantástico representado son características de su trabajo: su impronta.

Desde la tradición fue definiendo un estilo propio para recrear los temas que inspiraron su obra y que daban respuesta a las necesidades estéticas de un trabajador del hierro que no se limitó a la función utilitaria del mismo. Más allá del trabajo diario, de la rutina, su actividad artística llenaba el espacio de la herrería con numerosas piezas figurativas.

Si consideramos al artesano como el dominador de un oficio tradicional, Adolfo Jarreta es maestro de la artesanía pero, además, aporta carisma, rompe el estereotipo del herrero de herrar; los temas artísticos van de lo estrictamente funcional y su taller se fue poblando de piezas únicas.

Generalmente, los artesanos repiten modelos establecidos para dar respuesta a una serie de necesidades que surgen en el día a día de las sociedades rurales. Las piezas de Adolfo Jarreta cumplen este cometido pero también manifiestan un compromiso con la vida, con la idea de crear un patrimonio, con dejar un legado que sea reconocido. De cualquier forma, Jarreta pertenece a la memoria cultural de Albarracín donde su vida se fue forjando, desde la maestría de la forja tradicional hasta iniciarse en la forja del arte.

Durante años, Jarreta fue atesorando parte de su producción, ya que estas piezas son el resultado de una reflexión personal, un compromiso para la posteridad que se expresa a través de las formas y de los volúmenes forjados. La colección de piezas artísticas es tan admirable que en su elaboración, en el hecho de tenerlas cerca, sorprende que no hubiese un sentido comercial sino la acción intencionada de crear para dar luz a un sueño. Posiblemente, tenía en mente un fin trazado para la creación de un espacio museístico donde su obra se mantuviese expuesta y por lo tanto viva. Todo artista siente el deseo de mostrar su pequeño universo. Así, Jarreta, con su obra nos muestra el camino hacia las posibilidades estilísticas de un material humilde que él hizo grande en su fragua.

En el legado destaca, además, el interés por la pieza única; la que firma para ratificar su autoría y en la que graba el año de realización para ubicarlas en el tiempo. Estos detalles lo vinculan al artista, al artesano-artista, al herrero creador. Conoce el valor de su trabajo, manifestaba su satisfacción cuando detecta el reconocimiento y respeto que merecía la meta de su creatividad. En alguna ocasión se negó de forma tajante a vender algunas de sus piezas a particulares; el valor económico para él tenía una importancia relativa frente al hecho de crear. Hay piezas, por tanto, de las que se sentía especialmente satisfecho o vinculado a ellas.

En contadas ocasiones inscribe frases; las dedica a personas próximas, como el magní-

fico Cristo que dedica a su nieta Marta. Las frases, en ocasiones, recuerdan a las sentencias de los grabados de Goya. En el análisis más detallado de las obras seleccionadas podremos ver ejemplos.

Detrás del conjunto artístico, se entrevé lo enigmático de la persona, que va más allá del puro saber hacer. Se percibe un mundo interior intenso, a través del cual, una personalidad tenaz e inquieta escapa de lo cotidiano del oficio plasmando las formas que él quiere, sin la presión del encargo. Muchas veces la ausencia del encargo facilita esta dedicación.

En los momentos de menor actividad profesional, esos espacios de tiempo más suyos, su pasión por el hierro bullía y el herrador, el rejero y el maestro artesano se transformaban en el artista del hierro. Se transmutaba el hombre, que golpeaba el hierro candente, en el Hefestos que vuelve a la tierra para dotar a la materia inerte del soplo cálido de la vida. La intención pone la diferencia.

